



Châtenay-Malabry  
*Johanna Orduz*



# La gente negra del norte del Cauca

<https://doi.org/10.25058/20112742.n52.03>

CARLOS ALBERTO BENAVIDES<sup>1</sup>  
*Universidad Externado de Colombia*  
carlos.benavides@senado.gov.co

ALHENA CAICEDO<sup>2</sup>  
*Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH*  
<https://orcid.org/0000-0002-0700-0017>  
alhenauta@gmail.com

Cómo citar este artículo: Benavides, C. A. & Caicedo, A. (2024). La gente negra del norte del Cauca. *Tabula Rasa*, 52, 71-100. <https://doi.org/10.25058/20112742.n52.03>

Recibido: 15 de abril de 2024

Aceptado: 05 de junio de 2024

## Resumen:

Más de veinte años después de la adopción del multiculturalismo por parte del Estado colombiano, la legislación diferencial ha ratificado a indígenas y afros como los sujetos otros de la nación. En ese contexto, nos proponemos hablar sobre la gente negra del norte del departamento del Cauca y su experiencia enraizada en un tiempo y una geografía particulares en el último siglo. Lejos de referirnos a la negritud como generalidad, este artículo busca aproximarse a la vida de la gente negra a partir de tres perspectivas: adentro, o la perspectiva local y propia que produce la vida cotidiana de esta población. El borde: la experiencia histórica de lo negro en sentido opuesto, como diferencia producida en términos de segregación, racialización e invisibilización. Y el entreverado: como la experiencia singular en relación con otros que construye apuestas de lo común.

*Palabras clave:* norte del Cauca; negritud; afrocolombianos; «otros de la nación».

## Black People from Northern Cauca in Colombia

### Abstract:

Over twenty years after multiculturalism was adopted as a Colombian State policy, differential legislation has confirmed Indigenous and Afro-Colombian people as the Others in this nation. Against this backdrop, we intend to examine norther Cauca's Black People's experience rooted in a given time frame and geography during the last century. Far from

<sup>1</sup> Doctor en Ciencias Antropológicas de la UAM, México. Profesor del programa de Antropología, Universidad Externado de Colombia. Miembro del Centro de Pensamiento RaizAL.

<sup>2</sup> Doctora en antropología social y etnología de la EHESS, Francia. Profesora asistente del Departamento de Antropología, Universidad de Los Andes. Miembro del Centro de Pensamiento RaizAL.

dealing with Blackness in general terms, this article aims to approach Black people's lives from three perspectives: Inside, or the local and own perspective produced by this people's daily life. Border: the historical experience of Blackness in the opposite way —as a difference produced in terms of segregation, racialization, and invisibilization. And the interspersed: as the singular experience in relation to others for joint building new horizons.

*Keywords:* northern Cauca; Blackness; Afro-Colombian people; “Others of the Nation-state”.

## As pessoas negras do norte do Cauca

*Resumo:*

Mais de vinte anos após da adoção do multiculturalismo por parte do Estado colombiano, a legislação diferencial ratificou indígenas e afros como os sujeitos outros da nação. Nesse contexto, propomos falar sobre as pessoas negras do norte do departamento do Cauca e sua experiência enraizada em um tempo e uma geografia particulares no último século. Longe de nos referir à negridade como generalidade, este artigo procura se aproximar da vida das pessoas negras a partir de três perspectivas: de dentro, ou a perspectiva local e própria que produz a vida cotidiana desta população. À margem: a experiência histórica do negro no sentido oposto, como diferença produzida em termos de segregação, racialização e invisibilidade. E do variegado: como a experiência singular em relação com outros que constrói apostas do comum.

*Palavras-chave:* norte do Cauca; negridade; afro-colombianos; “outros da nação”.

«Lo negro no se ve, lo negro es invisible. Sobre todo si es de noche» es una frase con la que la gente negra del norte de Cauca suele hacer bromas frente a quienes vienen de afuera. «En la oscuridad uno solo advierte los ojos, la sonrisa, pero no más...». Que lo negro sea invisible no solo es una condición que tenga que ver con el horario. Como lo advirtió Nina de Friedemann (1976), la invisibilidad de lo negro tiene que ver con el poder; esto es, con los dispositivos de exclusión y subalternización presentes históricamente en la formación nacional. Aún hoy en día, el lugar de la gente negra resulta solo parcialmente legible para el Estado colombiano. La ley 70 de 1993, además de ser el único mecanismo de reconocimiento de la negritud solo reconoce la presencia de gente negra en el litoral Pacífico, y bajo la categoría de comunidad (Restrepo, 2014). La gente negra que habita otras regiones del país, sea en las ciudades, los valles interandinos, la costa atlántica, o la región de la Orinoquía resulta invisible para una institucionalidad formateada por el multiculturalismo etnizado, que desconoce la particularidad de las formas de poblamiento regional, las migraciones, los procesos organizativos, etc. Así las cosas, es significativo que actualmente para el Estado, lo legible más que

lo negro sea la categoría identitaria de «afro», en una suerte de homogenización de las particularidades regionales e históricas, que reduce el contenido de lo negro al marcador racial del color de la piel. Lo negro como experiencia situada, territorializada o enraizada se pierde de vista. En ese sentido, afirmar que lo negro es invisible hoy, más que un lugar común, es una constatación de cómo la exclusión constituye parte de los arreglos del mismo multiculturalismo.

En el Cauca, lo negro ha sido invisibilizado de múltiples maneras por el poder. La configuración histórica de la región desde el siglo XVI tiene raíces en el despliegue del sistema esclavista colonial, y el poder articulado al principio de superioridad de lo blanco. Lo negro ha quedado al margen de las versiones oficiales de la historia de la república. Los relatos del Gran Cauca sobre próceres de la independencia, ilustres hombres de la patria, presidentes y demás, hablan de la memoria de las familias blancas y encompetadas de Popayán, herederas de la hacienda y el latifundio. Apellidos reconocidos como Arboleda, Valencia, Mosquera, Caicedo, entre otros, evocan el privilegio de la blancura terrateniente; son apellidos de blancos, que han sabido por generaciones conservar el poder de la tierra y del control sobre el trabajo de otros. Pero paradójicamente allí donde más diferencia hay, también hay coincidencia. Estos también son apellidos de negros, los descendientes de los esclavos a quienes se les asignó el apellido del dueño. En el norte del Cauca, familias como los Arboledas, Valencias, Mosqueras, y Caicedos negros, encarnan el reverso de la historia oficial. En ese sentido, la historia de estas familias extensas cruzadas con la de Minas, Angolas, Lucumías, Ararás, y Carabalíes, entre otros muchos nombres de origen africano que se conservaron a pesar de la esclavitud, puede rastrearse como una historia enraizada en estas tierras, que seguramente cuenta la historia configuración regional del norte del Cauca de otra manera.

Ahora bien, la relación de lo negro con el poder de lo visible y lo invisible, es más compleja. En el norte del Cauca, lo negro también ha hecho de la invisibilidad un poder. Varios son los relatos de personajes como Sinecio Mina, negro rebelde que durante la Guerra de los Mil Días lideró un levantamiento contra los grandes propietarios que querían arrebatarle las fincas a los campesinos negros de la zona plana, por ser liberales. Sinecio Mina vive en la memoria de la gente por su valentía, pero también por el poder, para muchos, mágico, que lo hacía inmune a las balas y especialmente hábil para huir de las autoridades, según dicen, gracias a sus pactos con el diablo. Cuentan que podía desaparecer, y que tenía la facultad de convertirse en racimo de plátanos para no ser visto. Esa especial capacidad para esquivar la visión también hace parte de los relatos sobre las hazañas de los macheteros negros del Cauca. Los ejércitos de macheteros se conformaron durante las guerras de independencia en el Gran Cauca, y se hicieron famosos por sus habilidades en la práctica de la grima con machete y bordón. Esta suerte de arte marcial que sobrevive hoy en día en municipios como Puerto Tejada,

Buenos Aires y Candelaria recoge elementos de la esgrima europea del siglo XVII y de los juegos de palos propios de los negros que trabajaban en las haciendas. Hábil juego de machete que por décadas se ha transmitido clandestinamente de generación en generación. Durante la guerra con el Perú a principios del siglo XX, cuenta la gente que los macheteros del Cauca fueron la avanzada del ejército colombiano, y que los golpes más contundentes los dieron aplicando la técnica del «elástico de sombra». Esta técnica, la más compleja y refinada según los maestros grimistas más reconocidos de Puerto Tejada, les permitió a los negros arrasar campamentos enteros de soldados enemigos, a quienes atacaban en la noche, en medio de la selva, desnudos y armados solo con su machete (Caicedo & Pérez, 2013).

La intención de este documento lejos de hablar de la negritud como generalidad es reconocer el carácter situado de las múltiples formas que adquiere lo negro en el país. En ese sentido, nos proponemos hablar sobre la gente negra del norte del departamento del Cauca y su experiencia enraizada en un tiempo y una geografía particular, sin por ello desconocer el carácter relacional y comparativo que puede ofrecer la etnografía crítica (Hart, 2016). Este escrito busca aproximarse a la vida de la gente negra del norte del Cauca a partir de tres ángulos o tres perspectivas de análisis sobre lo que ha constituido allí lo negro en el último siglo. La primera parte de este documento se centra en la experiencia de la gente negra del alto Cauca que se ha dedicado tradicionalmente a la agricultura de café y a la minería artesanal. Esta mirada se propone mostrar lo local como el cruce de tiempo y espacio concreto que produce la vida cotidiana de esta población, y como desde allí lo negro aparece, visto desde dentro, como lo propio. La segunda parte se aproxima a la experiencia de lo negro en sentido opuesto, como borde y diferencia, como resultado de distintos procesos de invisibilización, desplazamiento, segregación y racismo inscritos en el espacio por medio de proyectos de modernización y dispositivos discursivos como el desarrollo y el jalonamiento urbano de una ciudad como Cali. Finalmente, la tercera parte busca dar cuenta de la experiencia local de lo negro como singularidad en su relación con otros, y en los modos en los que lo común se construye desde el entrecruzamiento de relaciones cotidianas que tienen lugar en un territorio.

## **Hacia adentro**

La vida cotidiana es una dimensión de la existencia privilegiada para la comprensión de discursos y prácticas sociales. Para el sentido común, lo cotidiano pueda resultar una dimensión insignificante que hace referencia a lo rutinario y lo mecánico del quehacer diario. No obstante, la cotidianidad implica reconocer su densidad espacio temporal, la correlación entre tiempo imperceptible y lugar, y la producción de diferentes dialécticas de lo rutinario y los acontecimientos.

De allí que la vida cotidiana cobre un especial valor como coordenada de análisis sociológico de prácticas situadas. La cotidianidad es también un locus privilegiado de intersección entre naturaleza y cultura (Lalive, 2008). Esto se traduce en entender que se trata de un concepto que también permite aproximarse a una concepción ecológica del ser-hacer, al flujo indivisible entre organismos y medio ambiente, a una ecología de la vida (Ingold, 2000). En esos términos, hablamos de la vida cotidiana como una dimensión de análisis clave para entender las prácticas de la gente negra del norte del Cauca como un continuo dinámico con su entorno. Lo local, el lugar (Escobar, 2010) y lo cotidiano como flujo continuo que da cuenta de la ecología de la vida cotidiana de la gente negra del norte del Cauca, y de la manera en que la gente produce el espacio.

A mediados del siglo XIX tras el decreto de abolición de la esclavitud, la gente negra dedicada a la minería, la ganadería y la agricultura en las antiguas haciendas y minas cercanas a Popayán, se convirtió en aparcería. Los grandes terratenientes y mineros esclavistas que ya no podían contar con mano de obra esclava, debieron negociar los derechos de usufructo de la tierra con la gente libre. Los conflictos derivados de esta nueva situación donde la gente negra libre empezó a circular no se hicieron esperar<sup>3</sup>, se estaba constituyendo una nueva estructura socioeconómica fuera del control de los hacendados. Las tierras cenagosas que

<sup>3</sup>Leyes de policía contra la vagancia, el abigeato, etc.

recurrentemente inundaba el Cauca en la zona plana contrastaban con zonas de monteoscuro en los linderos de las antiguas haciendas, en las que se asentaron muchas de estas familias quienes lograron domesticar la humedad del suelo y empezaron a cultivar plátano, cacao y maíz. Otros se fueron a abrir monte hacia la ladera para hacer fincas. Las cuencas de ríos como el Palo, la Paila, Quinamayó, Ovejas, Cauca, Marilópez, entre muchos otros, fueron los lugares privilegiados por estas familias negras que desde entonces se dedicarían a la minería de aluvión y a la agricultura. De la modalidad de terraje se fue pasando poco a poco a una economía más campesina cuando la gente pudo tener acceso a la tierra, mediante la compra o colonizando baldíos.

A principios del siglo XX el campesinado negro se dedicaba al cultivo de café, cacao, plátano, caña, maíz, frijol, varios frutales, etc. Además de la montaña, en la zona plana aún se conservaban grandes extensiones de monte que permitían la caza de especies hoy desaparecidas o en peligro de extinción, como guatines, armadillos, lanchas, coclés, conejos, sultanas, rabiamarillos, etc. La producción de cacao, café, aguardiente y tabaco garantizaba una relativa estabilidad económica a la región. Los pequeños caseríos y parroquias comenzaban a crecer y a articularse a través de mercados prolíficos como los de Villarica, Puerto Tejada, Santander de Quilichao, Caloto y Timba (Aprile, 1994, Romero & Muñoz, 2017). El río Cauca y sus afluentes no solo servían a la pesca, sino que eran las principales vías de

comunicación. El transporte fluvial era el eje de la comercialización de los distintos productos. Se navegaba en champanes y balsas llegando a pequeños puertos e intercambiando productos como carne, plátano, yuca, tabaco y frutas. Cali pudo construirse gracias a los materiales que llegaban hasta Puerto Mallarino por el río.

No obstante, para mediados del siglo XX la centralidad de los ríos y del agua para la vida de la región fue cediendo terreno ante la expansión de nuevos cultivos permanentes promovidos entre otras cosas por la conversión de los antiguos trapiches en ingenios azucareros. Las inundaciones se controlaban mediante canalizaciones y jarillones que permitían desecar las zonas cenagosas que caracterizaban el valle geográfico. Pero es solo hasta la construcción de la represa de Salvajina a finales de los setenta que realmente se consigue contener el río y desecar la zona plana. El control sobre las aguas del Cauca promovido por agentes modernizadores como la CVC<sup>4</sup>, y la consecuente transformación del paisaje, impactó en diferentes escalas e intensidades la vida cotidiana de los campesinos negros. Así mismo, la construcción en los años sesenta de la carretera Panamericana que conecta a Cali con Popayán pasando por Santander de Quilichao fue determinante para el declive de la navegación por el Cauca y sus afluentes, así como para Puerto Tejada, principal puerto fluvial sobre el Palo.

La región del norte del Cauca de la que estamos hablando no solo se constituye en términos geográficos o político-administrativos, sino ante todo como producto de relaciones sociales, ambientales, políticas y económicas que la han conformado históricamente como una unidad región en sus dinámicas socio-ecológicas ligadas al río Cauca<sup>5</sup>. Es así como podemos identificar al menos dos subregiones, la zona plana y la zona de ladera.

La gente negra que se ubicó en la zona de ladera desarrolló una especial relación con el «monte» o la «montaña» que aún permanece. La ocupación se materializa hoy en los toponímicos, en las trochas y caminos que cruzan las laderas de las cuencas en paralelo a las quebradas y riachuelos que descienden hacia los ríos. El poblamiento de la zona donde actualmente están los municipios de Santander, Suárez y Buenos Aires se caracterizó por la ocupación de baldíos, el montaje de aserraderos para sacar madera y la apertura de fincas para cultivos de pancoger y café. Sin embargo, muchas familias decidieron no asentarse allí sino conservar su casa en las inmediaciones del Cauca, la carretera o el ferrocarril. De esta forma, se constituyó a lo largo del siglo XX una modalidad de habitación que hemos

<sup>4</sup> Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca.

<sup>5</sup> Siguiendo a Eric Van Young asumimos la región como una «hipótesis por demostrar». La demostración entonces es referida a la idea de regionalidad que define la cualidad de ser de una región, a partir de las transformaciones de las relaciones políticas, económicas y sociales que la conforman. «La regionalidad es un concepto dinámico cuyo estudio puede decirnos mucho sobre los tipos fundamentales de cambio social en espacios definidos, a lo largo del tiempo» (Van Young, 1991, p.102).

denominado de doble techo (Plan de Buen vivir Consejo Comunitario de Las Brisas, en prensa) y que consiste en que durante la semana la gente se va a la «montaña» a trabajar en la finca, y los fines de semana regresa a la casa en los poblados cercanos a las cabeceras municipales<sup>6</sup>. El doble techo ha permitido flexibilizar la economía familiar en momentos de crisis, conservar cierto nivel de autonomía y garantizar el mantenimiento de los vínculos de parentesco a través de una ocupación territorial ampliada.

Históricamente en la zona de ladera las formas de vida campesina complementaban la producción de comida con la extracción artesanal de oro. La gente vivía principalmente

<sup>6</sup>Esta forma de habitación no solo les ha permitido a muchas familias hacer frente a periodos críticos de violencia como la arremetida chulavita contra los liberales durante la guerra bipartidista, la presión sobre la tierra de la ribera del Cauca debido a las dragas en Asnazú en la década del treinta, o más recientemente las incursiones paramilitares que desplazaron a la población desde el 2001.

de la agricultura, la pesca, y la minería de aluvión que utilizaban para poder contar con algo de dinero. Pese al impacto que sobre esta forma de economía campesina tuvieron los proyectos modernizadores agroindustriales y de infraestructura de la segunda mitad del siglo XX, actualmente

la economía familiar sigue considerando ambas formas de producción. No obstante, la pérdida de los espacios de agricultura y minería también ha reconfigurado en las últimas décadas la economía familiar, ya sea intensificando la explotación agrícola con el uso cada vez mayor de agroquímicos, o la minera, por ejemplo, a través de la explotación de oro de filón y la introducción de nuevas tecnologías. Pero también estas formas de producción vienen siendo atraídas hacia economías extractivas ilegales como el cultivo intensivo de coca y la minería con retros, desplazando las habituales formas de complementariedad y abriendo nuevos frentes de trabajo y dependencia del mercado.

Aun así, la vida campesina se recrea y reproduce en las concepciones del tiempo y el espacio ligadas indefectiblemente al clima, la finca, la mina (allí donde hay), las cosechas y el mercado. El calendario agrícola marca el ritmo de la gente negra rural. La vida en las fincas transcurre al ritmo de los cultivos, y la mayoría de los trabajos se organizan desde el ámbito familiar y cambian a lo largo del año. Trabajar es lo que le da vitalidad a la finca, por eso toda la familia cumple labores: niños, jóvenes, adultos y mayores. Se trabaja en distintas actividades desde temprano hasta bien caída la noche. Dado el proceso de poblamiento, la estrechez de tierras y las formas de herencia, las tierras no son siempre continuas, por lo que las familias tienen parcelas en distintos lugares de la vereda. Si bien el discurso de las organizaciones sociales ha posicionado la noción de «territorio» para referirse al espacio vital, la idea de que a diferencia del territorio que sí tiene implicaciones culturales y políticas, la tierra es solo un recurso o bien, es reducida y desconoce que las relaciones materiales y simbólicas que la gente crea con eso que llamamos tierra son diversas.

En la finca, una parte de la producción se destina al consumo familiar y otra al intercambio y a la venta en el mercado. En ella se combinan prácticas de limpia, siembra y rotación de cultivos, así como el manejo de las huertas, los frutales y las plantas medicinales. En la casa, especialmente en la cocina o cerca de los fogones es donde se reúnen los miembros de la familia temprano en la mañana o tarde en la noche. Es el lugar de la conversa, los cuentos y la planeación, y también el espacio para recibir a vecinos y familiares. Una práctica característica de la vida cotidiana campesina local se relaciona con la maximización del valor de uso de todos aquellos elementos que no se producen de forma directa. Materiales, herramientas, utensilios y todo tipo de artículos a los que se accede en el mercado son usados para varias tareas<sup>7</sup>. Así mismo, cada finca tiene una historia que contar: desde cuando alguien

<sup>7</sup> Así mismo el uso de esos materiales como metal, vidrio y plástico contrasta con la manera en que se desechan por lo general enterrándose o quemándose.

llegó a abrir el monte para los primeros cultivos, pasando por las herencias, las ampliaciones, las mejoras, etc. Antes era común que las mujeres se fueran a vivir

al lugar de donde venían los hombres; sin embargo, eso ahora depende más de quién tenga tierra para trabajar. Aunque actualmente las fincas más grandes son de 8 a 10 hectáreas, el promedio de las fincas de la ladera es de 2 a 3 hectáreas y la mayoría carece de títulos de propiedad formal de la tierra.

Por lo general se cuenta con cultivos transitorios y con cultivos permanentes principalmente de café (y más recientemente de coca). El manejo cotidiano de la finca está relacionado con tres actividades: las del hogar, donde se ubica la casa, se cría a los hijos y se cocina; las del cuidado de los animales y los cultivos estacionales como el maíz, el frijol, la yuca, los frutales y las huertas; y un tercer conjunto de actividades relacionadas con los cultivos permanentes como el café, el plátano y la caña. El café tiene dos cosechas anuales en las épocas de lluvias a partir de las cuales se estructura la vida social y económica de las veredas. La cosecha grande tiene lugar en la primera mitad del año de marzo a mayo, la segunda, la «travesía» es más pequeña y tiene lugar en octubre y noviembre. Las fluctuaciones del clima cambian la floración y han afectado las cosechas de café generando pérdidas importantes. El precio del café está determinado por la bolsa. Todas las tardes hacia las 5pm lo campesinos de las veredas cafeteras de la ladera prenden el radio para escuchar el precio internacional. La venta del café seco a las cooperativas es la principal fuente de dinero para estas familias, por lo que una caída en la cosecha equivale a dejar de contar con efectivo durante al menos la mitad del año. Eso se traduce en la necesidad de trabajar a jornal más de medio año. El jornaleo es el plan b. Los niveles de incertidumbre de los cultivadores frente a la próxima cosecha superan en mucho los niveles tolerables para cualquier productor industrial. A eso hay que sumarle el efecto de los créditos bancarios y del gota a gota con altísimas tasas de interés que se han convertido en la manera más recurrente de enfrentar la falta de dinero para iniciar la siembra y cubrir los

gastos de los insumos, al tiempo que reproducen formas de endeude y explotación que pocas veces se visibilizan. Aun así, estos campesinos hacen todo lo posible por mantener su autonomía en la producción a pesar de que el grueso de la ganancia queda en manos de los intermediarios.

Entre la población que tienen más afinidad con la actividad minera, la gente reparte el trabajo entre la finca y la mina durante la semana. Históricamente la minería de aluvión constituye la principal forma de producción de muchas de las familias negras asentadas en las inmediaciones de las antiguas minas de Gelima en corregimientos de Suárez, Buenos Aires y Santander como la Toma, Asnazú, Mindalá, Honduras, Cerro Teta, Quinamayó, etc. Las minas, aunque cuentan con un dueño, se explotan colectivamente a través de redes familiares o de alianzas y compañías con parientes y vecinos. A inicios del siglo XX, con la llegada de empresas mineras como la Asnazú Gold Dredging que se instaló a orillas del Cauca en la década del 30, se empezaron a introducir avances técnicos y tecnológicos como la pólvora y los motores, que permitieron que la minería de filón adquiriera protagonismo (Juanillo Mina, 2008). Actualmente se practican ambas formas de minería, conservando en buena medida las formas de trabajo y la organización del mismo dentro del ámbito de la familia. El trabajo asociativo y solidario para la explotación de la mina sigue siendo una constante, aunque también coexiste con el trabajo asalariado y el jornaleo, así como con formas de trabajo independiente (Ararat *et al.*, 2013).

Las formas de trabajo de la gente negra en la zona de ladera, ya sea en agricultura o en minería, tienen cierta racionalidad económica implícita. Por una parte, se trata de maneras de trabajo que se articulan a través de las redes de parentesco. Estas últimas también han ordenado el espacio de las veredas a lo largo del tiempo, por lo que las casas pertenecientes a miembros de una misma familia se distribuyen en sectores reconocidos por toda la comunidad. Por otra parte, son modos de producción cuyo propósito no está en la acumulación, sino en garantizar una vida buena y tranquila en el presente, que «dé» para las generaciones venideras. Las posibilidades de ahorro son mínimas, pero cuando las hay constituyen un fondo para tener lo necesario en lo inmediato. Este tipo de vida campesina no solo descansa en sistemas de economía familiar. Más allá, las concepciones extendidas de familia implican también relaciones de producción y de redistribución que adquieren formas asociativas y solidarias de intercambio de fuerza de trabajo con parientes y vecinos como la mano cambiada, el trabajo de los comités asociados a las juntas de acción comunal, las juntas de padres de familia, las asociaciones y compañías temporales para la producción agrícola o la explotación minera, etc. A su vez, todas estas posibilidades organizativas están activas en lo local alrededor del trabajo comunitario liderado por las juntas de acción comunal o más recientemente por los consejos comunitarios, para el arreglo de caminos, puentes, conexiones de agua, etc.

Para estos campesinos dedicados a la agricultura y la minería el sentido de lo local está en lo propio, en lo naturalizado, en lo que solo es susceptible de enunciarse cuando está en riesgo poder vivir como siempre se ha vivido. Cesar Cerón, líder del consejo comunitario de La Meseta, afirma que lo propio es «lo que uno es por estar sembrado, por tener la raíces en esta tierra». Así, aunque lo propio difícilmente se enuncia, se siente y se conoce como materialidad. La vida local responde siempre al ritmo de los tiempos y los espacios concretos. La comprensión de la cotidianidad como intersección de naturaleza y cultura se condensa en la actividad principal de la vida campesina: el trabajo. Desde que se levanta hasta que se acuesta la gente trabaja. Tal vez por eso rara vez la gente se sienta durante el día. Esta consideración del trabajo trasciende en mucho la idea común del trabajar. Es trabajo vivo, ocupación, labor, estar haciendo permanentemente algo: conseguir el palo de guadua para armar la vara de la cerca, puede convertirse en una labor de días que implica ir al gradual a buscar la mejor, hacerlo en cierta luna para que al cortarla no se pudra, pedir el favor a algunos para el transporte, medir y cortar la madera, conseguir materiales, montarla a la altura de las bestias, etc. El trabajo se entiende como creación, intervención y transformación, y como relación simbiótica de conocerse y cuidarse mutuamente con las matas, los árboles, la tierra, los cultivos, el agua, el monte, los animales, etc. Por su parte, los momentos cotidianos del descanso son espacios del compartir el inicio o el final del día alrededor de la comida, o simplemente el sentarse a conversar y a «recochar» un rato. Por lo general estas actividades suceden entre la familia, pero también se organizan alrededor de las «galladas» o grupos de edad, donde hombres y mujeres comparten actividades como jugar fútbol, ir al río, esperar la chiva u organizar tareas colectivas.

Así como hay cotidianidades, hay eventos que se salen de lo habitual. Acontecimientos como la muerte se viven con especial intensidad en estas comunidades. Un velorio no es solo asunto de la familia de quien fallece, la muerte de cualquier poblador convoca masivamente a parientes cercanos y no tan cercanos, amigos, vecinos, conocidos, solidarios y hasta personas que nunca conocieron al difunto, quienes acompañan la velación, la procesión desde la casa hasta el cementerio y los pocos días del novenario que aún se celebran.

La entrada de las economías ilegales ha impactado sensiblemente la vida local. Las bonanzas que han traído el oro y la coca en diferentes periodos, además de generar exceso de circulante, han incentivado la llegada de foráneos, muchas veces armados e interesados en la tierra, y han promovido el dinero rápido y la dependencia del comercio por la dedicación de tierra y trabajo al oro y la coca, entre otros factores. Esta nueva situación ha coincidido con la desaparición de espacios de socialización y prácticas comunitarias y de intercambio que tenían un gran arraigo entre la gente del campo en esta zona, como las celebraciones católicas de las novenas al Niño

Dios, el día de la Virgen del Carmen, los carnavales de diablos, los encuentros veredales, ferias, torneos, solo por nombrar algunos. Fiestas, mercados y espacios de encuentro donde la gente comparte alrededor del juego, el aguardiente y el baile de la juga, al son de la música de los violines caucanos y otros aires, son cada vez más raros. El debilitamiento de formas consensuadas de autoridad y las formas de individualización de la cotidianidad han sido un terreno fértil para la expansión de los cientos de iglesias evangélicas que hacen presencia actualmente en todo el norte del Cauca: Iglesia Pentecostal, Alianza Cristiana, Centro Misionero de Restauración, Movimiento Misionero Mundial, entre muchas otras. El valor del baile, la música y el aguardiente en estos contextos no debe subestimarse. Han sido durante mucho tiempo un engrudo social clave para la configuración de relaciones de parentesco, vecindad y solidaridad que se desdoblán en el ámbito productivo. El impacto del mundo evangélico tampoco debe subestimarse y hay que comprender su complejidad social, económica y política frente a las nuevas formas de articulación y dependencia de la economía de mercado.

### **El Borde**

El valle geográfico del río Cauca es sin duda un particular referente de las transformaciones socio-económicas del suroccidente colombiano en el último siglo y medio. En especial los procesos de modernización iniciados allí desde fechas tempranas del siglo XX son considerados como un modelo de desarrollo para otras regiones del país. La modernización de esta región estuvo estrechamente vinculada a la consolidación político-administrativa del departamento del Valle a través de proyectos agenciados por una naciente burguesía caleña y extranjera y por el Estado que buscaba ampliar su aparato burocrático. La historia oficial señala cómo desde finales del siglo XIX el aislamiento geográfico de la región hizo urgente proyectos de infraestructura y vías de comunicación que fueron abanderados por una elite regional en proceso de emergencia. Durante la primera mitad del siglo XX proyectos como la carretera Cali - Cartago, la vía al mar y el muelle de Buenaventura se convirtieron en objetivos de primer orden para dar salida a la crisis económica heredada por la caída de las haciendas tradicionales, y por los bajos niveles de intercambio y actividad comercial existentes en la región. Así, se impulsaron entre otras, medidas de diagnóstico y planificación, como las misiones económicas estadounidenses que definieron políticas de reorientación comercial de la producción agropecuaria. Durante la segunda mitad del siglo XX esa primera fase de la industrialización regional dio lugar a nuevos proyectos de modernización vinculados con el modelo mixto de sustitución de importaciones, desde donde se impulsó la naciente agroindustria azucarera. La modernización de la estructura productiva regional se consolidó a través de la Revolución Verde y la inversión en infraestructura de gran escala,

principalmente con la construcción de las hidroeléctricas de Anchicayá, Calima y Salvajina por parte de la CVC, y de la autopista Panamericana, proyectos representativos de la industrialización y modernización del Valle después de los años sesenta.

El despliegue del modelo de desarrollo regional cuenta con varios hitos. La construcción de la hidroeléctrica de Salvajina en el norte del Cauca fue un proyecto inspirado en las propuestas de las misiones norteamericanas de los años 40. Pero solo hasta finales de los años 70, la CVC en manos de las elites vallecaucanas, logró desarrollarlo y construir la represa, tras presionar a cientos de pobladores ubicados en la cuenca alta del río a vender sus tierras a bajo costo, desplazarse hacia otras zonas y adaptarse a nuevas condiciones de vida. Como ya ha sido señalado por varias investigaciones (Caicedo, 2017; Vélez *et al.*, 2013; CVC, 2004, etc.), la construcción de Salvajina no tuvo como único propósito la construcción de una hidroeléctrica regional; antes que nada, se trató de un proyecto dirigido a contener las aguas del Cauca y así evitar las recurrentes inundaciones que afectaban la zona plana donde se extendían los cultivos de caña de los grandes ingenios azucareros. En ese sentido, quienes capitalizaron de la mejor manera la construcción de Salvajina fueron evidentemente las familias dueñas de los principales ingenios del Valle del Cauca, mientras una población importante de gente negra de lo que en ese momento era el municipio de Buenos Aires —posteriormente Suárez—, fue despojada y marginalizada por la represa. Algo similar ocurrió en la zona plana con la llegada de la Revolución Verde y la tecnificación del cultivo de caña de azúcar. Varias investigaciones (Jaramillo *et al.*, 2015; Vanegas & Rojas, 2011; etc.) coinciden en afirmar cómo el despliegue de la agroindustria azucarera a raíz del impacto de la Revolución cubana potenció el crecimiento económico regional al punto de convertirlo en modelo para el resto del país. Sin embargo, esa misma agroindustria también generó el despojo de miles de campesinos negros de la zona de plana cuyas pequeñas fincas competían espacialmente con el proyecto expansivo de los ingenios, con el control del agua y las inundaciones por parte de estos, a través de la desviación de los principales ríos y la construcción de jarillones; con los efectos nocivos de la aspersión de madurativos químicos para la caña que arrasaron con la diversidad de árboles y catalizaron las plagas en las fincas campesinas, y con la entrada de la Caja Agraria como dispositivo de modernización para la producción, pero también de endeude y pérdida de la tierra, entre otros factores.

Las actividades económicas ligadas a la producción de azúcar tuvieron a su favor el acceso permanente a mano de obra barata, sobre todo de campesinos sin tierra, negros y otros que han ido llegando en distintas oleadas desde la Costa Pacífica y sur del país en busca de trabajo (Hurtado, 2004). En buena medida, la sostenibilidad de la agroindustria de la caña se debe por un lado a las estrategias

utilizadas por el empresariado azucarero (sobre todo a partir de los años ochenta) para controlar el conflicto capital-trabajo a partir de la vigilancia de los procesos de vinculación laboral de los trabajadores del sector, y de las iniciativas de sindicalización al interior de los ingenios. A través de estrategias de contratación indirecta, como las Cooperativas de Trabajo Asociado, los ingenios obtienen condiciones de contratación favorables a ellos. En las últimas décadas, bajo el discurso de la «tecnificación inminente» la industria azucarera se ha permitido reducir al mínimo las responsabilidades patronales y las políticas de tercerización laboral han dejado ver sus consecuencias, como lo demuestran investigaciones como las de Mario Alejandro Pérez y Paula Álvarez (2009) sobre la deuda laboral del sector cañicultor. De acuerdo con estos autores para 2008, el valor que los corteros transfirieron a los cañicultores, es decir, el monto ahorrado por los últimos a través de la contratación por medio de CTA, y en comparación con lo que deberían haber pagado con la contratación directa, fue de \$46 mil millones de pesos (Pérez & Álvarez, 2009, p. 53).

De igual forma, la persecución judicial a los sindicatos y la conformación de sindicatos patronales han sido dos estrategias de los industriales del sector para controlar los conflictos generados con los trabajadores. Frente a las demandas de estos últimos por la reivindicación de derechos salariales y prestaciones sociales, los ingenios han asumido respuestas diferenciales. El último caso fue el paro de corteros de caña en 2008, donde se consiguió la contratación directa en algunos ingenios, mientras que, en otros, en particular los que están en el departamento del Cauca —La Cabaña e Incauca—, los empleados que participaron en la huelga fueron despedidos. Sin duda, a lo largo de los últimos treinta años ninguna de las estrategias de control sobre la mano de obra hubiera sido posible sin la permisividad de los diferentes gobiernos regionales y nacionales con las políticas laborales de las CTA y los ingenios.

La expansión de la agroindustria ha tenido también otros escenarios. A mediados de los noventa en la misma región se construyó un enorme parque industrial gracias a la Ley Páez expedida tras el desastre del río Páez en 1993. Aunque la tragedia del Páez sucedió al otro lado de la cordillera, la zona plana del valle interandino fue el lugar escogido por el Estado para centrar la inversión luego de la calamidad. Fue así como la región se convirtió en el «polo de desarrollo industrial del Cauca». Allí se instalaron varias empresas que, a cambio de incentivar nuevas formas de empleo en la región, serían exentas de impuestos por diez años. Sin embargo, según varios autores (Vélez *et al.*, 2013; Pérez & Álvarez, 2009; Jaramillo *et al.*, 2015; etc.) e incluso a la luz de las investigaciones más optimistas (Alonso & Lotero, 2008), la ley Páez no solo no generó empleo de calidad entre la población negra de los municipios de la zona plana como Puerto Tejada, Guachené, Villarica y Padilla, sino que incentivó distintas formas de marginalización y exclusión de la gente a

través de la contratación temporal flexibilizada por tres meses o menos, el descarte de mano de obra no calificada y la contratación cada vez mayor de personal externo. Ejemplos como este demuestran cómo los grandes proyectos de modernización hechos durante la segunda mitad del siglo XX en nombre del desarrollo regional en la cuenca alta del Cauca y en el valle geográfico del mismo, fueron proyectos que generaron beneficiarios directos e indirectos, pero sobre todo fueron proyectos que dejaron por fuera de sus beneficios a miles de pobladores locales invisibilizados y condenados a convertirse en el «sobrante del desarrollo».

La gente que sobra, el remanente del modelo de desarrollo regional implantado en el norte del Cauca y el sur del Valle, tiene la particularidad de ser gente negra. Y el efecto racializado del despojo se expresa crudamente en las formas de segregación espacial y arrinconamiento y desplazamiento a las zonas altas producidas por todos estos proyectos en toda el área rural, en los devastadores índices de desempleo, de pobreza y de criminalidad en municipios como Puerto Tejada y Guachené, las epidemias de tifo y enfermedades gastrointestinales por la contaminación, el acaparamiento de las fuentes de agua por parte de la industria y la falta de acueductos, entre otros indicadores. Pero así mismo, el despojo persistente también ha sido la principal causa de la migración de la gente hacia Cali en busca de oportunidades laborales. El poder material y simbólico de una ciudad como Cali no es algo reciente. Desde hace décadas el deseo modernizante y las fuentes de trabajo hicieron que la migración permanente o temporal hacia la ciudad se incorporara en la experiencia de vida de la gente negra casi de manera perentoria. Las mujeres negras han migrado desde muy jóvenes a trabajar como empleadas domésticas en casas de familia. Esta oferta laboral racializada y generizada ha sido constante. Por su parte, los hombres jóvenes encontraron trabajo en la construcción, principalmente durante la década de los noventa a raíz del incremento en la construcción auspiciada por los carteles de la droga. No obstante, para la mayoría de gente que actualmente habita el área rural de municipios como Suárez y Buenos Aires, las experiencias laborales racializadas en la ciudad han sido recurrentes y de muy variado orden. Lo interesante de escuchar los relatos de hombres y mujeres de todas las edades es advertir cómo ir a Cali a trabajar fue una experiencia sentida de diferenciación y racismo en sus vidas.

Ahora bien, aunque la ciudad se ha convertido en el principal referente laboral, hay que advertir que para los pobladores rurales el salir por temporadas a buscar trabajo en otras regiones ha sido históricamente una condición tanto necesaria como deseada. Siguiendo la reflexión propuesta por Fernando Dorado (2017), la vida de la mayoría de pobladores rurales del Cauca es una vida productivamente variada donde la gente no puede depender de una sola actividad, y, al contrario, debe dedicarse a actividades múltiples para sobrevivir: agricultura, minería, jornaleo, mototaxismo, comercio, servicio doméstico, albañilería, vigilancia, etc.

La movilidad laboral ha sido recurrente, y es desde hace varias generaciones una práctica común entre los jóvenes, quienes a partir de cierta edad buscan salir a conseguir su propio sustento. El trabajo estacional en los cultivos de café y las múltiples formas de jornaleo que hacen circular la mano de obra durante el año, han estado activas desde hace tiempo. En ese contexto lo que actualmente vemos es una persistencia de esa movilidad vinculada ahora a cultivos como la coca, la marihuana, y el café, y también a la minería y la ganadería. Muchos jóvenes afro del norte de Cauca han recorrido zonas de producción de coca como el Putumayo y el Naya trabajando como raspachines y en la producción de pasta base. Otro tanto ha salido a zonas como el Chocó y el bajo Cauca a trabajar en minería ilegal o al Yarí en el Caquetá, a vincularse temporalmente en ganadería. Así mismo, en las últimas décadas el tráfico de estupefacientes se ha convertido en una importante fuente de ingresos para los jóvenes, especialmente de las cabeceras municipales, que se vinculan al transporte, al tráfico y al microtráfico. El incremento de pandillas y de tráfico de armas en municipios como Puerto Tejada, Guachené y Santander de Quilichao responde directamente a la cooptación de mano de obra por parte del narcotráfico. Por su parte, el trabajo estacional otras veces se convierte en migración. Ese es el caso de las colonias afro de municipios de la zona plana en el Casanare, a donde llegó la gente en la década de los noventa del siglo pasado a vincularse en los cultivos de palma aceitera. Así mismo, hay actualmente redes de trabajo temporal hacia el exterior, como lo ha documentado Nuria Morelló en el caso de España y la migración de trabajadores negros del norte del Cauca como temporeros en las empresas de recolección de frutas en Europa (Morelló, 2017).

Ahora bien, la zona de ladera en el norte del Cauca por su condición geográfica se diferencia de la zona plana y del uso del suelo dedicado casi exclusivamente al cultivo de la caña. Convergen allí proyectos económicos privados y públicos, como el de la hidroeléctrica Salvajina, la agroindustria de producción de papel (Cartón de Colombia), fincas ganaderas y las fincas de economía campesina. Es, sin embargo, una zona con una debilidad institucional marcada, que fue afectada de múltiples maneras por el conflicto armado. Allí han hecho presencia todos los actores armados directa o indirectamente. Si bien la vocación económica de la región ha sido históricamente la producción agrícola campesina, particularmente de café, complementada con la pequeña minería artesanal, actualmente existen dos formas de economía ilegal fuertes: la minería ilegal de oro en varios ríos tributarios del Cauca, y los cultivos de coca para la producción de cocaína.

Desde la época colonial esta región ha sido productora de oro. En las últimas décadas la actividad minera, que había sido la base de la economía local en complemento con la agricultura, se intensificó, debido, entre otras cosas, al arribo de foráneos interesados en la explotación intensiva de las minas y en el uso de

nuevas tecnologías como las retros (máquina retroexcavadora). La práctica ilegal de la minería fue absorbiendo a pobladores locales de municipios como Santander de Quilichao, Buenos Aires y Suárez quienes encontraron allí opciones económicas que la agricultura y la pequeña minería artesanal ya no les permitían. De manera paralela, y como ha sido ampliamente descrito en el caso del consejo de La Toma (Ararat *et al.*, 2013), a principios de los 2000, el Estado entregó concesiones mineras a privados sobre territorios históricamente habitados por gente negra. Este hecho hizo evidente el interés de empresas multinacionales en estas tierras a través de testafellos. El crecimiento de la minería ilegal y sus vínculos con actores armados ilegales resultó útil incluso a los intereses del capital trasnacional para garantizar el acceso y cuidado de dichos intereses. En el plano local, muchos habitantes de la zona se vincularon al trabajo de la minería ilegal de manera independiente pues resulta más rentable que ocuparse en agricultura o pesca. Estas nuevas formas de trabajo independiente crean fricción al interior de las formas organizativas de los consejos comunitarios ya que debilitan las lógicas de autoridad local, y las decisiones de defensa territorial frente a intereses foráneos se ven en muchos casos controvertidas.

Algo similar sucedió con la coca. Los cultivos extensivos de coca comenzaron en la Cordillera Occidental en el norte del Cauca a mediados de los 2.000 promovidos por cultivadores provenientes del sur del país desplazados por las fumigaciones del Plan Colombia en departamentos como Nariño<sup>8</sup>. Al igual que con la minería ilegal, muchos pobladores locales se integraron a las estructuras de producción de hoja de coca, por tratarse de un producto con mercado asegurado y alta rentabilidad, a diferencia de la mayoría de la producción agrícola cuyos precios no dan para vivir. De esta forma, familias enteras dependen económicamente del cultivo. No obstante, la expansión de los cultivos ha puesto en evidencia un progresivo proceso de acaparamiento de tierras en manos de foráneos, que van excluyendo a los pobladores locales de la producción, comprando la tierra sin titulación a bajo costo, controlando todo el proceso productivo y enganchando a los antiguos productores como raspachines. El efecto nocivo sobre los procesos organizativos de los consejos se ha hecho evidente a través de la pérdida de autoridad sobre el territorio y el uso de bienes comunes como el agua. Pero esto también ha generado un impulso de fortalecimiento interno en el que actualmente se debate la sostenibilidad de los mismos consejos.

<sup>8</sup> El norte del Cauca históricamente ha albergado cultivos de coca. Hasta finales de los años ochenta del siglo XX, el cultivo de la coca sirvió para el consumo tradicional de los mameadores campesinos indígenas, negros y mestizos. Proscrita por las autoridades desde la colonia temprana, la masticación tradicional de la coca, una práctica de origen indígena, estaba extendido por todo el suroccidente colombiano hasta bien entrado el siglo XX. A finales de la década del 40, era común en esta región el pago de jornales con hojas de coca. Incluso, cuando en 1947 se prohíbe por ley esta práctica, serán los latifundistas caucanos los primeros en protestar y desacatarla (Henman, 2011). La «pesada» o «manotada» de hoja se mantuvo como parte del pago del jornal hasta finales de los años ochenta. Y, aunque es cada día más difícil, hasta hace pocos años se podían encontrar viejos mameadores negros que cosechan la variedad endógena de coca, conocida como «pajarita», para su propio consumo.

Como ya lo hemos señalado, el despojo y la acumulación de desventajas históricas de los pobladores están inherentemente ligadas a su condición racializada. El mundo negro ha sido invisible al Estado, como lo confirma la inexistencia de información demográfica oficial sobre las particularidades del poblamiento negro en el país; la historia de compra ilegítima de tierras, desplazamiento y apropiación ilegal, y la presión sobre los territorios que ocupan. A esa condición de desigualdad persistente se suman las dificultades que enfrentan hoy los consejos comunitarios afro para competir por la propiedad formal de sus propias tierras (concesiones, desplazamientos, etc.), a las dificultades para competir en el mercado local y regional con quienes han llegado de afuera y tienen mayor capacidad de producción y comercialización agrícola (legal o ilegal), o con quienes tienen mayor capacidad de producción minera (legal o ilegal). Su reto como organización pasa por mantener bajo control comunitario las formas legítimas de autoridad, la posesión y el uso de la tierra y los bienes comunes como el agua, así como su capacidad para articularse regionalmente con otros consejos para hacerle frente a las distintas amenazas que se ciernen sobre su permanencia en el territorio.

El modelo de desarrollo regional basado en la agroindustria y otras formas de extractivismo se ha reconocido como uno de los más exitosos a nivel nacional. El control de la propiedad de la tierra, así como del uso de la tierra y del trabajo han estado en manos de una elite liberal, urbana y blanca. La consolidación de la economía regional en esas manos ha subestimado el componente étnico y racial que caracteriza a buena parte de la mano de obra con la que funciona. De esta forma se ha legitimado un ordenamiento territorial fundado en el despojo, se han naturalizado relaciones sociales racializadas y se han obviado formas de discriminación histórica que impiden percibir a los pobladores locales del norte del Cauca como sujetos disputándose el acceso a la tierra, al mercado, al trabajo digno, al consumo, y al bienestar, en condiciones profundamente asimétricas

### **El entreverado**

Tras la promulgación de la constitución de 1991 donde el país asumió el multiculturalismo, se dieron importantes cambios en las formas organizativas de los pobladores del norte del Cauca. Más que la misma constitución, este periodo histórico de finales de los ochenta fue intenso en reconfiguraciones de la movilización social. El país vivía un profundo malestar social producto de la violencia y amplios sectores de la sociedad se movilizaban en contra del anquilosamiento del Estado y la crisis institucional. A raíz de los diálogos de paz del gobierno de Betancur, se inició el proceso de desmovilización de varios movimientos insurgentes como el M-19 y el Quintín Lame, guerrillas que habían nacido, echado raíces y convertido al norte del cauca en su centro de operaciones. La intensidad de las movilizaciones sociales a nivel nacional venía en aumento, y

en la zona plana del norte del Cauca, alimentado por una trayectoria de protestas agrarias y sindicales, por los movimientos cívicos y populares de demanda de vivienda y servicios públicos, y la conformación de la red de organizaciones de base, empezaba a articularse en Puerto Tejada el movimiento negro que años más tarde participaría en la elaboración del artículo transitorio 55, origen de la Ley 70 (Hurtado, 2004; Restrepo, 2014)

El reconocimiento de las comunidades afrocolombianas a partir de la promulgación de la Ley 70 transformó sensiblemente las formas de lucha de la gente negra en esta región. Por una parte, y como ya se ha señalado por varios autores, con la nueva constitución cambió la clave de las demandas de los movimientos sociales que hasta entonces habían reclamado su participación como sujetos de poder, por una nueva forma de demanda en clave de derechos. Pero, además, a dicha demanda se sumó un componente étnico que, para el caso de las organizaciones de gente negra en muchos casos, también incorporó una nueva política de la identidad de carácter racializado. Los consejos comunitarios son la figura propuesta por la Ley 70 como el mecanismo de reconocimiento territorial y de gobierno propio para las *comunidades afrocolombianas*. Pese a que la misma ley hace énfasis en el Pacífico como región privilegiada por las formas de poblamiento, la presencia de gente negra en otras regiones dio pie a la conformación de consejos comunitarios en lugares como el valle geográfico del Cauca, que buscaban el reconocimiento formal del Estado a través de la titulación colectiva. El norte del Cauca fue desde principios de los años noventa un escenario de emergencia de estas figuras, impulsada en buena medida por el Proceso de Comunidades Negras —PCN—. En la actualidad más de cuarenta y ocho consejos comunitarios distribuidos entre la zona plana y la zona de ladera hacen parte de Aconc (Asociación de Consejos Comunitarios del Norte del Cauca). Sin embargo, la falta de información oficial sobre la distribución y el poblamiento de la gente negra, así como la ausencia misma de reglamentación de la Ley 70 ha impedido que estos consejos logren formalizar su condición y acceder al territorio colectivo<sup>9</sup>.

El tema de las tierras en el norte del Cauca es polémico y complejo. En las últimas décadas, la agroindustria ha acaparado la mayor parte de la tierra de la zona plana

<sup>9</sup> Un tema a considerar en este caso es la particularidad en las formas de posesión y tenencia de la tierra que caracterizan a la población negra del norte del Cauca. Las formas de propiedad familiar campesina ha sido una constante que, sin embargo, pone en tensión la propiedad colectiva reivindicada por la Ley 70 para el caso de las comunidades negras. Pese a ello, las organizaciones sociales vienen trabajando en la armonización de ambas modalidades de cara al potencial reconocimiento del territorio considerado «ancestral».

del valle, lo que dificulta enormemente la reivindicación territorial de quienes allí habitan. Por su parte, la población pobre que ha sido expulsada hacia el piedemonte y las zonas de montaña se ha asentado en las partes donde aún hay disponibilidad de baldíos. Sobra aclarar que cada vez son menos las tierras disponibles y cada vez mayor la presión

ejercida por la concentración de la propiedad en el valle. Las instituciones desconocen la población que habita más allá de la zona plana hace más de cien años, muchos de los cuales, como ya se dijo, son negros e indígenas. Es justamente la diversidad étnica la principal característica de la población de ladera. Esta configuración demográfica, constituida en el último siglo, se ha convertido a partir de la introducción del multiculturalismo, en la principal fuente de disputas por tierras. Las expectativas territoriales étnicas han entrado en choque en varias ocasiones debido a que el Estado ha puesto a competir a las organizaciones indígenas y afro por las pocas tierras disponibles, e incluso por los mismos predios. Cruces y traslapamiento de tierras ocupadas o pretendidas han generado fuertes enfrentamientos como el ya conocido caso de la finca San Rafael.

Los indígenas han contado con una mayor receptividad en sus demandas, mientras que la gente negra ha ganado tierras principalmente a través de la movilización. Ese es el caso de los predios entregados por Incoder a algunos consejos comunitarios de la ladera en 2014 después de una toma de las instalaciones en Popayán. No solo muchos de esos predios están lejos de los territorios definidos por los consejos. Las tierras que se asumen como «territorio» en buena medida son la sumatoria de las fincas y lotes de quienes componen la organización, lo que supone una discontinuidad que además se ve acentuada por la presencia de otras poblaciones y con la activación del mercado de tierras por parte de las economías ilegales. Además, la forma tradicional de posesión de la tierra ha sido la pequeña propiedad familiar campesina que no cuenta con títulos legales. La idea de propiedad familiar es una clave que en términos culturales puede chocar con la idea de territorios colectivos. A lo que hay que añadir la falta de formalización de la tenencia y el hecho de que solo algunas posesiones cuentan con papeles, por lo general, documentos de compra venta. En ese sentido, la idea de configurar globos colectivos de territorios afro en el norte del Cauca tiene hoy grandes retos.

Ahora bien, hay que considerar que la emergencia de los consejos en el norte del Cauca en las últimas décadas ha respondido a factores diversos y complejos, más allá de las garantías vinculadas al reconocimiento étnico. Como ya se mencionó, el acaparamiento de tierras y de aguas en manos de la agroindustria, la amenaza de las multinacionales, la zozobra del crecimiento de economías ilegales y la presencia de actores armados son solo algunos. En municipios como Suárez, solo por dar un ejemplo, las motivaciones para la conformación de consejos vienen ligadas, entre otras, a la presión ejercida por la negociación del plan de manejo ambiental de la represa de Salvajina con la Epsa la empresa administradora, después de 30 años de la construcción de la misma (Caicedo, 2017). En efecto, después de tres décadas de incumplimiento de los acuerdos previstos para el resarcimiento de las poblaciones afectadas por la construcción de la hidroeléctrica, el Estado obligó a Epsa a adelantar un PMA con el acuerdo de las comunidades vecinas.

La experiencia previa hizo que la gente negra asentada en el área de influencia buscara constituirse bajo la figura étnica para que la negociación contemplara la «consulta previa a pueblos étnicos» y así amarrar compromisos al permiso de funcionamiento<sup>10</sup>. No deja de ser paradójico que la consulta «previa», derivada del convenio 169 de la OIT se haya convertido en un mecanismo de reivindicación de las poblaciones afectadas por la hidroeléctrica, treinta años después de su construcción y puesta en funcionamiento.

Otro factor que incidió en la conformación y el fortalecimiento de un consejo como el de La Toma fue la amenaza representada en megaproyectos como la desviación y el trasvase del río Ovejas en la Salvajina. Así mismo la presión de las concesiones mineras, la amenaza de llegada de intereses multinacionales y la presión paramilitar fueron factores que, a pesar de golpear a las comunidades, robustecieron la organización. Otro factor importante fue la expansión territorial indígena. En casos como el de los consejos de Pureto, La Meseta, Mindalá y Bellavista en la ladera de la cordillera occidental, la presión ejercida por el naciente cabildo indígena de Cerro Tijeras en proceso de conformación como resguardo, hizo que la gente buscara conformarse como consejo comunitario para evitar que sus veredas quedaran inscritas como parte del territorio del cabildo y bajo la autoridad indígena. Aunque en la zona también hubo corregimientos enteros que accedieron a hacer parte del cabildo (dadas las ventajas que eso supone: salud gratuita, educación, no servicio militar, etc.), hubo otros hechos que incidieron en la decisión de muchas veredas de no acceder a la presión indígena, entre otros la negociación que se adelantaba con Epsa, el logro jurídico del consejo de La Toma a través de la T-1045A/10 de la Corte Constitucional<sup>11</sup>, el crecimiento de los cultivos de coca, etc. En ese sentido, constituirse en consejo comunitario sirvió para organizarse internamente en función de la demanda de derechos diferenciales, en competencia también con la política de expansión territorial indígena fomentada por el reconocimiento constitucional multicultural.

Ahora bien, aunque en muchas partes del norte los consejos comunitarios tuvieron un periodo de impulso fuerte a inicios del 2010, lo cierto es que la sostenibilidad de las organizaciones ha sido disímil. Mientras en municipios con una alta concentración urbana como Puerto Tejada y Guachené los consejos perdieron fuerza debido a la competencia ejercida por la institucionalidad municipal, el clientelismo político, y la entrada de recursos vía ONG, en zonas

<sup>10</sup> Por su parte Epsa siempre quiso negociar con las juntas de acción comunal en lugar de los consejos comunitarios, aunque estos terminaron imponiéndose gracias a la gestión de organizaciones como PCN.

<sup>11</sup> Frente al vacío de información institucional sobre la presencia negra en la región, y la amenaza de la obra, el consejo de la Toma ganó una tutela por el reconocimiento de la ocupación histórica de gente negra. La Sentencia T-1045A/10 de la Corte Constitucional representa un triunfo legal frente a las pretensiones de las mineras, y marca un precedente para que otros procesos organizativos, ubicados en lugares distintos al Pacífico, puedan solicitar el reconocimiento como consejos comunitarios afrodescendientes.

como el piedemonte donde la población rural es mayor, los consejos han tenido más estabilidad, entre otras porque internamente incentivan el componente de trabajo comunitario y decisiones asamblearias que conservan los pobladores rurales más que los urbanos. Aunque esta condición tampoco puede ser considerada garantía, si pone en evidencia otro aspecto interesante de las organizaciones afro. Por una parte, se puede afirmar que los consejos en el norte del Cauca se vienen consolidando ante todo como figuras para la defensa territorial. En ese sentido, aunque en municipios con alta densidad de población urbana como los de la zona plana, los consejos han intentado hacer frente al acaparamiento de tierras por parte de los ingenios, lo cierto es que no han conseguido convertirse en un referente de ese propósito, puesto que el control de la propiedad y el uso de la tierra ha estado en manos de la agroindustria y bajo el total aval del Estado. Pero, por otro lado, los consejos como forma organizativa han logrado posicionarse en ese ámbito (defensa del territorio) en otras zonas en la medida en que les permite a los pobladores competir con otros por el acceso y el control de la tierra, en zonas donde la propiedad nunca se ha formalizado, no existe catastro, la mayor parte de la tierra carece de títulos y donde el Estado sigue considerando que son territorios baldíos, pese a la ocupación histórica por parte de campesinos pobres. En ese sentido es fundamental comprender el lugar de los consejos y su lucha por el reconocimiento en zonas de expansión de cultivos de uso ilícito, de concesiones mineras y de planeación de megaproyectos, e interpretar dicha lucha de manera integral como una por la vida y la sobrevivencia cultural en el territorio, que inevitablemente pasa por la disputa por el acceso de la tierra y el control de su uso, frente a intereses legales e ilegales ante los que se está en profundas condiciones de desigualdad.

El proceso de conformación y fortalecimiento de los consejos comunitarios ha contado con el acompañamiento y el trabajo activo y dedicado de organizaciones de segundo nivel como PCN Palenque Alto Cauca, y otras como Aconc, Uafroc, Amunorca, etc., procesos organizativos que se han consolidado a nivel regional, y a través de los cuales ha entrado buena parte de los recursos de cooperación internacional como los de Usaid a través de Acdi/Voca, dirigidos a proyectos de desarrollo de comunidades negras *vg.* consejos comunitarios. Aunque el tema de proyectos y recursos de cooperación es amplio, hay tres momentos importantes de mencionar con respecto a las dinámicas generadas alrededor de lo organizativo. En un sentido histórico, a mediados de los años 2000<sup>12</sup>, las formas organizativas del movimiento negro en el norte del Cauca fueron adaptando el discurso de la reivindicación étnica de carácter más político a uno más técnico de intervención tipo ONG, para competir por recursos frente a la ausencia de financiación estatal. En un segundo momento, después del 2011 es palpable la necesidad de las organizaciones de segundo nivel de volver al discurso político a

<sup>12</sup> Este proceso puede relacionarse también con los efectos provocados por la expansión del fenómeno paramilitar en la región.

través de la movilización social. En ese sentido, la participación de los consejos comunitarios del norte del Cauca en las movilizaciones del paro agrario de 2013 y principalmente la toma de la Panamericana en las protestas de la Cumbre Agraria en junio del 2016 y las negociaciones posteriores, son claves para comprender, por ejemplo, el nuevo aire que recibió el PCN y que se reforzó con las movilizaciones de Buenaventura en 2017. Ahora bien, estos hechos que han hecho visible los procesos organizativos regionales en el ámbito nacional contrastan con otros donde esas mismas organizaciones muestran a veces cierta desincronización con las demandas locales de los consejos comunitarios. Los presupuestos discursivos en ocasiones refuerzan políticas de la identidad que desconocen las dinámicas locales, sus entreveramientos e incluso ciertas formas de poder y exclusión.

Las políticas de la identidad promovidas por el multiculturalismo en el Cauca han generado escenarios de gran complejidad. La diversidad étnica del departamento y la polémica distribución agraria del mismo han hecho que el multiculturalismo diferencie las poblaciones y los territorios indígenas y afro, y deje un remanente de población campesina pobre por fuera de las categorías étnicas y de las políticas diferenciales de derechos. Las múltiples tensiones generadas por esas políticas entre pobladores rurales etnizados y no etnizados (en temas como tierras y educación) también derivó en una nueva categoría para los «no etnizados»: los campesinos. Este «nuevo» sector se ha organizado en función de la lucha por su inclusión en un paquete de derechos similares a los que gozan las poblaciones étnicas, asumiendo en algunos casos el formato de etnización propuesto por el Estado mismo. Pero, además, en esa misma dinámica se le ha ido imponiendo una condición racializada a esta categoría: mestizos. De esta forma vemos como mucha de la literatura actual sobre el tema, los discursos de las organizaciones e incluso las instituciones estatales dan por hecho una clasificación social étnico-racial tripartita en el Cauca: indígenas, afro y campesinos. A lo que hay que agregar que esas partes están en permanente competencia por reconocimiento, derechos y especialmente, tierras.

Por su parte, el concepto de «conflictos interétnicos o interculturales» que ha tomado fuerza en los últimos años para hablar justamente sobre las tensiones producto del multiculturalismo, se queda corto para dar cuenta del tipo de conflictividad. Como lo han señalado desde hace décadas autores como Mateo Mina (1988), Jacques Aprile (1994) y Michael Taussig (1993), entre otros, la configuración regional del norte del Cauca es producto de relaciones de producción racializadas que se han conservado más o menos iguales desde la colonia, más allá de los importantes cambios en las formas de producción. Y, el despliegue del capitalismo en la región se ha dado sobre la base de contradicciones entre capital/trabajo y capital/naturaleza que han hecho del acaparamiento de la tierra y del control del trabajo marcado racialmente una constante. Pero, además,

el concepto de «conflicto interétnico» hace énfasis en el plano de lo cultural como una diferencia dada *per se*, colapsando las nociones de etnicidad, cultura y racialización en una sola cosa<sup>13</sup>. Así, las disputas derivadas de la política étnica diferencial en distintas escalas, entre ellas aquellas consideradas por algunos como «conflictos interétnicos» son menos un conflicto entre las prácticas culturales de la gente, y más el resultado de arreglos y movidas políticas de las organizaciones en competencia. Sin embargo, han dado pie a que se siga insistiendo en la falacia sobre el carácter cultural de la diferencia.

Ese panorama permite ilustrar algunas situaciones que pueden parecer paradójicas

<sup>13</sup> El colapso de nociones de etnicidad, raza y cultura tiene que ver sobre cómo el sentido común del multiculturalismo etnicista promovido por los discursos institucionales y las organizaciones sociales, asume la cultura como sinónimo de etnicidad y a la vez las iguala con el marcador de raza. Como consecuencia de esto, parece asumirse que el marcador del color de piel es equivalente a la «cultura».

del mundo negro en el norte del Cauca. *La minoría que es mayoría*. A principios del 2016 en el municipio de Suárez se adelantaron varias asambleas de los consejos comunitarios para trabajar sobre la propuesta de plan de desarrollo presentado por la nueva alcaldía. El documento era la segunda versión de un

plan de desarrollo redactado por una consultora externa contratada por la nueva administración que, como había pasado varias veces en varios lugares, presentaba el mismo tipo de texto cambiando el nombre del municipio. La discusión sin embargo se centraba en la necesidad de incluir en el documento un apartado especial étnico donde se reconocieran los derechos diferenciales de las comunidades afro de Suárez. Tras varias agitadas discusiones sobre cómo introducir aspectos relacionados con el proyecto educativo afro o las demandas sobre titulación colectiva, finalmente fue necesario que alguien que venía de fuera llamara la atención sobre el hecho de que Suárez es un municipio de 19.000 habitantes donde el 52 % de la población se reconoce como afro y el 21 % como indígena. Por lo tanto, en vez de seguir pensándose como minorías étnicas era necesario asumir que en el municipio lo étnico era la mayoría, y que por lo tanto eran esas poblaciones quienes tenían toda la legitimidad para hacer el plan de desarrollo municipal. El sacudón fue generalizado, nadie había reparado en eso. La discusión tuvo que empezar de cero, «no podemos siempre pensarnos en pequeñito». Finalmente, el plan de desarrollo aprobado por el concejo reconoció a Suárez como un municipio mayoritariamente étnico y rural. Lo que no se consiguió esta vez fue que ese esquema quedara reflejado en el presupuesto y el plan de gastos para el periodo.

*Ser negro es más que un color de piel*. Entre la gente de los consejos comunitarios, decirle a alguien que es «mulato» es despectivo y por lo tanto nadie usa la palabra. No obstante, en términos de las clasificaciones sociales vigentes entre la población de los corregimientos de la cordillera que limitan con Salvajina, el color o tono de la piel parece no ser un referente significativo. Por supuesto, mucha gente se

reconoce abiertamente como negra, como mestiza o como indígena de acuerdo a su ascendencia más que por su color. Otros tantos se desconciertan frente a la pregunta por el color pues no encuentran como nombrar un tono producto de la *revoltura*. En cambio, sí hay un consenso en afirmar que allí no hay *blancos*. Para los pobladores locales parece ser más inteligible y útil establecer distinciones de acuerdo a marcadores como el pelo a la hora de caracterizar a quienes viven allí. En palabras Jacob Arboleda miembro del consejo comunitario de Pureto: «En este corregimiento hay de todo. Aunque muchos somos 888, también hay muchos 111, así repartidito siempre ha sido». Las categorías 888 y 111 son utilizadas comúnmente por la gente para distinguir a quienes tienen el pelo *chuto*, *crespo* o *apretado*, y que por lo general es gente negra, de quienes tienen el pelo *liso* o *indio* y se asocian más a población indígena. Pero más allá de usar uno u otro marcador físico, lo cierto es que en lo local las distinciones no suponen una jerarquía o una relación de poder. Hablan más bien del lugar de proveniencia y de la historia del poblamiento de los corregimientos de las márgenes del Cauca, siendo la parte más cercana al río —hoy Salvajina—, y las cuencas bajas de tributarios como el Marilopito donde se ubicó la mayoría de la gente negra que llegó primero: Rodallegas, Lucumí y Balanta. Asentamientos como Mindalá, Las Badeas, Senderito y Arenal, etc. son los lugares por excelencia de las primeras familias negras. Mientras las partes altas de la Cordillera Occidental, donde hace más frío, se asocian con familias mestizas e indígenas que llegaron a mediados del siglo XX a colonizar la montaña o a comprarle tierra a los negros. Este territorio se fue poblando de abajo hacia arriba, del río hacia la montaña colonizando las cuencas. Mucha de esa tierra era propiedad de familias de Popayán como el matrimonio Daza Tafur propietarios de vastas extensiones de tierras dedicadas a la ganadería. La vocación productiva impuesta por los dueños de la tierra no reñía con la forma de vida de las familias negras que allí se asentaron y vivían de la agricultura, la pesca y la extracción artesanal de oro en el Cauca.

Aunque no se trata de una geografía estática, si se puede afirmar que en el ordenamiento histórico del territorio está inscrita la traza del poblamiento, y las riberas y las partes bajas siguen siendo territorio de gente negra. Así, las clasificaciones de carácter local no solo contrastan con las categorías de clasificación que circulan desde el ámbito regional o nacional, sino que muchas veces van en direcciones opuestas, de lo que resultan múltiples malentendidos especialmente a raíz de los discursos de las organizaciones.

*Ser negro no es lo mismo que ser afro.* La historia del consejo comunitario de Pureto, en el extremo sur de la represa de Salvajina cuenta cómo en 2007 la gente decidió convertirse en afro. Siendo un consejo de no más de ochenta familias, la diversidad de la población se relaciona con la historia entrecruzada de los primeros pobladores negros de la cuenca del Marilopito en los años cuarenta del siglo XX, y el posterior

arribo de familias mestizas e indígenas provenientes principalmente del sur del departamento. Como otras comunidades negras e indígenas en el área de influencia de Salvajina, casi treinta años después, Pureto estaba viviendo los coletazos de la crisis económica y ambiental generada por la construcción de la represa. A finales de los años 2000 la gente de Pureto decidió que ellos no querían hacer parte del cabildo indígena que venía impulsado la ACIN<sup>14</sup> en la parte alta de la cordillera. No

<sup>14</sup> La Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca, es una organización regional del CRIC donde se asocian los distintos cabildos nasa del norte del departamento.

querían entrar dentro del resguardo ni iban a obedecer a la autoridad indígena. Fue así como tomaron la decisión en asamblea de fundar el consejo

comunitario, siguiendo el ejemplo de los compañeros de La Toma, con quienes habían empezado a conversar a raíz de la negociación del PMA con Epsa. «Dejamos de ser campesinos y nos volvimos afro». La decisión de dejarse de llamar negros y empezar a llamarse afro fue ante todo una decisión política de reivindicación de autonomía como comunidad, tal como la mayoría de consejos comunitarios de la región, frente a amenazas externas de diverso orden que se ciernen sobre el territorio propio. La reafirmación territorial y la reivindicación de un poblamiento histórico a través de la identidad afro resultó no solo la mejor, sino la única vía que les permitía disputarse un espacio para existir frente a actores foráneos que, gozando de todas las ventajas de la legalidad y/o la ilegalidad, entraron a competir con estos pobladores por las tierras y por el mercado. En este sentido, es muy significativo el hecho de que los consejos comunitarios de Suárez estén constituidos por gente negra, y por gente que no es negra. «Hay gente de todos los colores dentro de esos consejos comunitarios, y todos son afro».

*Ser negro y campesino: ¿una contradicción?* En una reunión de trabajo sobre los planes de buen vivir a la que asistían representantes de varios consejos comunitarios de la región y en la que se discutía la orientación económica de los consejos, se generó una acalorada discusión alrededor de la noción de «vida campesina». Las voces autorizadas de los principales líderes de la organización nacional manifestaron su descontento y la necesidad de radicalizar la «diferencia étnica» entre lo afro y lo campesino, bajo el argumento de que nombrarse como campesinos era sin duda una forma de perder derechos. Otra voz, esta vez la de una mujer perteneciente también a la organización regional y proveniente de Cali, se sumó a la discusión aduciendo que hablar de vida campesina era sumir a los consejos en una idea de atraso inaceptable. Para ella la reivindicación de lo afro debía dejar de insistir en la diferencia entre el campo y la ciudad pues se había demostrado que «los afro hoy en día ya son incluso profesionales». Frente a estos argumentos, la mayoría de los líderes locales pertenecientes a los consejos de la ladera guardaron un silencio cauto. La anécdota sirve para llamar la atención sobre dos asuntos. Por una parte, el peso de las clasificaciones étnicas en el discurso de las organizaciones, y las valoraciones morales que perviven sobre dicotomías como urbano/rural, tradicional/moderno,

salvaje/civilizado, étnico/campesino. Este hecho es correlativo a la pretensión de algunos líderes importantes del movimiento que además de provenir del mundo urbano y tener títulos profesionales, buscan hacer de las adscripciones afro marcadores ligados exclusivamente al color de la piel. Pero por otra parte, para muchos de los líderes locales fue claro que el autorreconocimiento como campesinos tenía el mismo valor que lo afro toda vez que esa categoría les permitía diferenciarse con claridad de los liderazgos de los cascos urbanos, y de las organizaciones de segundo nivel de Santander y de Cali cuyas vocerías, pese a ser las de mayor autoridad, desconocían sistemáticamente los problemas asociados a la vida rural, al trabajo de la agricultura, y por qué no también de la minería familiar, ambos núcleos constitutivos de sus propuestas de plan de buen vivir. Después de un acalorado debate entre varios, alguien dijo en voz muy alta «vida afrocampesina», y así quedó consignado<sup>15</sup>. Por supuesto la discusión estuvo

<sup>15</sup> Esta anécdota sirve también para llamar la atención sobre lo paradójico que resulta, a la luz de los malentendidos del multiculturalismo en regiones como los valles interandinos, que aquellos consejos comunitarios del Pacífico, reconocidos por el Estado colombiano y con titulación colectiva llevan por nombre asociación campesina.

lejos de quedar saldada. Pero aquí queremos llamar la atención sobre las invisibilidades propias de las mismas organizaciones afro del norte del Cauca, donde tienden a desconocerse formas de desigualdad promovidas por

los mismos arreglos del multiculturalismo al interior del escenario organizativo.

### **Heterogeneidades de lo negro**

Más de veinte años después de la adopción del multiculturalismo por parte del Estado colombiano, la legislación diferencial etnizada impulsada por la Constitución de 1991 ha ratificado a indígenas y afros como los «sujetos otros» de la nación (Segato, 2007). Las políticas identitarias han promovido la transformación de relaciones de convivencia en relaciones de diferencia, y han contribuido a invisibilizar la multiplicidad de relaciones sociales que se despliegan histórica y espacialmente produciendo localidades y regiones, a favor de la distinción etnizada avalada por el Estado y sus instituciones.

El reconocimiento étnico no se ha traducido necesariamente en la reducción de la desigualdad ni en la mejor distribución de recursos y capacidades, pero las políticas de la identidad si han logrado cambiar las estrategias organizativas de grupos reconocidos como étnicos adaptando sus demandas a la lógica del reconocimiento de derechos. A pesar del sesgo de definición de lo afro que contiene la Ley 70 de 1994, las organizaciones del norte del Cauca han dado una lucha continua por el reconocimiento del poblamiento negro de los valles interandinos, el derecho a ocupar lo que ellos denominan «territorios ancestrales» y a que se les reconozca la titulación colectiva de la tierra, de la misma forma que ha sucedido con las comunidades del Litoral Pacífico. Así, más allá de una

simple instrumentalización del reconocimiento diferencial, estos grupos se han reelaborado como nuevos sujetos políticos desde la adscripción étnica, hecho que les ha exigido una comprensión de los contextos de la acción política que permitan identificar los retos de la misma.

La política multicultural promovió la etnización de la negridad, la identificación de los negros como sujetos que deben ser considerados «otros»; pero aun habiendo sido visibilizados, siguen sin ser visibles. El norte del Cauca no es cualquier lugar en Colombia. El estereotipo nacional posiciona al Cauca como una región de alta conflictividad social, zona roja y beligerante, bastión de la insurgencia y cuna de «indios y negros revoltosos». Bajo este imaginario se han invisibilizado sistemáticamente las disputas por la hegemonía que distintos actores locales marcados como «otros» —indios, negros y ahora también, campesinos—, dan en los niveles local, regional y nacional.

En mucha de la literatura académica reciente, así como en los informes de ONG y entidades de cooperación, el estudio de casos, la recurrencia de ciertos enfoques e incluso cierta iteración en la enunciación de problemáticas tienden a reducir el espectro visible de la negridad regional. Por su parte, en la opinión pública existen imágenes recurrentes como la de los corteros de caña de los ingenios de la zona plana, que se consideran ya patrimonio de la vallecaucanidad, y aparecen en la publicidad de importantes empresas e instituciones como parte del paisaje. Sin embargo, la vida de la gente negra del norte del Cauca se expresa a partir de en una heterogeneidad constante que sobrepasa muchas de estas formas reiteradas de imaginar lo negro.

No son las figuras organizativas de los consejos comunitarios la fórmula para entender lo negro, como lo demuestra el caso de la zona plana, donde las reivindicaciones políticas pasan por otros canales diferentes a la defensa territorial. Sin embargo, sin los consejos el panorama organizativo sería incomprensible. No son solo los corteros de caña, mano de obra barata para la agroindustria, proletarizados, sindicalizados, pero también patrimonializados en el imaginario regional, quienes sintetizan las relaciones de producción de los pobladores locales con la agroindustria azucarera; pero, sin duda, el corte de caña hace parte de esas modalidades de control del trabajo propias de un modelo de desarrollo que produce y naturaliza el despojo. No es suficiente entender las dinámicas de la minería mafiosa del oro y de la resistencia de comunidades como la de La Toma para dar cuenta de las complejidades de la contradicción entre capital y naturaleza en la consolidación del extractivismo. Como tampoco resulta suficiente dar cuenta de la expansión de los cultivos de uso ilícito en territorios afro y el engranaje de las economías locales en los circuitos del narcotráfico; pues legalidad e ilegalidad han hecho parte de las formas de economía hegemónicas que involucran a gente negra y a otros. No es la ruralidad el paradigma de la negridad en el norte del

Cauca, pero esta tampoco se puede reducir a la experiencia urbana de ciudades como Santander de Quilichao, Puerto Tejada o la misma Cali en las comunas orientales. De allí que las imágenes simplificadas solo puedan ser consideradas como versiones parciales de un escenario mucho más complejo donde la misma negritud es una experiencia parcial, aunque con una densidad propia.

En ese sentido, la existencia histórica de formas de relación horizontales que se establecen entre diferentes conjuntos sociales locales, cuya autoidentificación es múltiple y contextual, demuestra que no se requiere exclusivamente una categorización identitaria étnica, cultural o racial. En esta perspectiva amplia, los procesos culturales y las políticas de etnización se ubican como una figura, entre muchas otras posibles, de la relación entre grupos que se viven diferentes. Así, siguiendo a Anne-Marie Losonczy, una perspectiva relacional permitiría integrar «los armazones y competencias sociales y políticas internas y autónomas de estos grupos, que al tejer continuos intercambios con otros cercanos construyen sociabilidades interdependientes, anclajes sociológicos de la hibridación cultural. En suma, estas formas sociales se construyen sobre estrategias que diluyen de manera permanente los límites identitarios sin renunciar a la dimensión territorial como uno de los símbolos y lugares de la presencia colectiva» (Losonczy, 2006, p. 17).

Considerando esto, llamamos la atención sobre la importancia de entender lo negro como parte de una configuración regional dinámica e inestable en la que se puede leer la superposición de regiones económicas y sociales con cierta profundidad histórica. La región como hipótesis es una región vida articulada por disímiles formas de intercambio y conflictividad entre actores sociales diversos en una ecología determinada y en conexión. La vida cotidiana local, territorializada, enraizada en particulares espacios, tiempos y densidades cotidianas, es la vida que actualmente los procesos organizativos afro buscan defender a través de la consulta previa. Las formas de marginalización, exclusión y racismo que han producido el despojo y sus espacios a partir del control de la tierra, la fuerza de trabajo racializada y la naturaleza, han configurado una formación social que a pesar de ser profundamente desigual se ha naturalizado como la única posible. Por ello, la necesidad de activar una lectura de la clase que dé cuenta de los dispositivos de reproducción del capital en los contextos concretos y en conexión entre distintas escalas. Sin embargo es la capacidad de lectura de las interrelaciones concretas entre actores diferentes con el entorno; de las articulaciones que resultan de esas formas de relación con el mundo natural-local, en su dimensión productiva, político-organizativa y cultural; y de la profundidad histórica que las pone en conversación con el decantado de una particular formación social, de donde podría salir una aproximación antropológica al norte del Cauca como una región-vida en disputa permanente pero, como diría Hall, sin garantías.

## Referencias

- Alonso, J. C. & Lotero, A. M. (2008). *10 años de la Ley Páez. Transformación de la economía caucana*. Icesi.
- Aprile, J. (1994). *Los pueblos negros caucanos y la fundación de Puerto Tejada*. Gobernación del Valle del Cauca
- Ararat, L., Solarte, A. M., Rojas, A., Vanegas, G. Vega, A. Mina, E. & Vargas. L. A. (2013). *La Toma. Historias de territorio, resistencias y autonomía en la cuenca del alto Cauca*. Consejo Comunitario afrodescendiente de La Toma, Observatorio de Territorios Étnicos – Universidad Javeriana.
- Caicedo, A. & Pérez, N. (2013). *La grima con machete en el norte del Cauca*. Icesi / Ministerio de Cultura.
- Caicedo, A. (2017). Vida campesina y modelo de desarrollo: configuraciones de despojo/privilegio en el norte del Cauca. *Revista Colombiana de Antropología*, 53(1), 59-89. <https://doi.org/10.22380/2539472X.3>
- CVC (2004). *Génesis y desarrollo de una visión de progreso: CVC cincuenta años*. Corporación Autónoma del Valle del Cauca.
- Dorado, F. (2017). *El Cauca en su momento de cambio. Sociedad abigarrada, pueblos rebeldes, futuros posibles*. RaizAL.
- Escobar, Arturo. 2010. *Territorios de diferencia. Lugar, movimientos, vida, redes*. Envión
- Friedemann, N. (1976). Negros: monopolio de tierras, agricultores y desarrollo de plantaciones de caña de azúcar en el valle del río Cauca. En N. Friedemann (ed.). *Tierra, tradición y poder en Colombia. Enfoques antropológicos* (pp. 143-167). Colcultura-Biblioteca Básica Colombiana
- Hart, G. (2016). Desnaturalizar el despojo: una etnografía crítica en la era del resurgimiento del imperialismo. *Revista Colombiana de Antropología*, 52(2), 139-173.
- Henman, A. (2011 [1975]). *Mamacoca*. Universidad del Cauca.
- Hurtado Saa, T. (2004). La construcción de un modelo de ciudadanía diferenciada: el empoderamiento político de la población afrocolombiana y el ejercicio de la movilización étnica. en A. Rojas (comp.). *Estudios afrocolombianos. Aportes para un estado del arte* (pp. 75-96). Universidad del Cauca.
- Jaramillo Marín, J., Londoño Ortiz, N. & Sánchez González, G. (2015). Agroindustria azucarera y finca tradicional en el norte plano del Cauca (Colombia). *Perspectivas históricas y claves etnográficas. Memoria y Sociedad*, 19(39), 30-47.
- Juanillo Mina, I. (2008). *Salvajina: oro y pobreza*. Antena Comunicaciones.
- Ingold, T. (2000). *The perception of the environment: essays on livelihood, dwelling and skill*. Routledge.

- Lalive, C. (2008). La vida cotidiana: construcción de un concepto sociológico y antropológico. *Revista Sociedad Hoy*, 14, 9-31.
- Losonczy, A. M. (2006). *La trama interétnica. Ritual, sociedad y figuras de intercambio entre los grupos negros y emberá del Chocó*. Ifea, Icanh.
- Mina, M. (1988). *Esclavitud y libertad en el valle del Río Cauca*. La Rosca.
- Morelló, N. (2017). Remesa social y diferenciación local en las migraciones laborales entre Catalunya y Colombia. un ejemplo etnográfico desde un municipio andino. *Revista Colombiana de Antropología*, 53(2), 27-61.
- Pérez, M. A. & Álvarez, P. (2009). *Deuda social y ambiental del negocio de la caña de azúcar en Colombia. Responsabilidad social empresarial y subsidios implícitos en la industria cañera. Análisis en el contexto del conflicto corteros-empresarios*. Semillas, Swissaid, Appleton Foundation, SSPN.
- Restrepo, E. (2014). *La etnización de la negridad. La invención de «las comunidades negras» como grupo étnico en Colombia*. Universidad del Cauca.
- Romero, M. D. & Muñoz, L. F. (2017). *Las culturas negras entre sociedades afrocolombianas del norte del Cauca, Colombia*. Universidad del Valle.
- Segato, R. L. (2007). Identidades políticas/alteridades históricas: una crítica a las certezas del pluralismo global. En: *La nación y sus otros. Raza etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad*. Prometeo.
- Taussig, M. (1993 [1980]). *El Diablo y el fetichismo de la mercancía en Sudamérica*. Editorial Nueva Visión.
- Vanegas, G. & Rojas, A. (2011). *Territorios negros en el norte del Cauca. Contexto político-organizativo*. Observatorio de Territorios Étnicos, Universidad Javeriana.
- Van Young, E. (1991). Haciendo historia regional. Consideraciones metodológicas y teóricas. En P. Pérez H. (comp.). *Región e historia en México (1700-1850)* (pp. 99-122). Instituto Mora/UAM.
- Vélez, I., Varela, D., Rátiva, S. & Salcedo, A. (2013). Industria agrícola y extractivismo en el alto Cauca: impacto sobre los sistemas de subsistencia afro-campesinos y resistencias (1950-2011). *Revista CS*, 12(2), 157-188 <https://doi.org/10.18046/recs.i12.1680>